



11 al 16 de noviembre de 2019 – Málaga, España

Las migraciones europeas al Ecuador en el siglo XX: una reflexión a partir de los cementerios Israelita y Alemán de Quito

Leonardo Zaldumbide¹

1.- Introducción, morir en el camino

En el año 2018, mientras investigaba las relaciones comunitarias en los ritos funerarios de las comunas indígenas de Calderón, parroquia rural del norte de Quito, encontré, en el Cementerio de San Miguel del Común, un área con dos pequeñas tumbas. Al indagar sobre ellas, Andrés Quilumba, presidente de la comuna, me comentó:

En ese espacio se enterró un niño venezolano. Las familias iban rumbo al Perú, pero el niño murió aquí y tenían no dinero para pagar un entierro en la ciudad. La Comuna decidió darles el espacio, vinieron a pedir. Ahora el niño es un muerto de todos. Hemos reservado ese espacio para personas que no son de la comuna. Aunque no sea pariente o conocido, quien está en este cementerio es parte de la comuna. (Andrés Quilumba entrevista, 07 2018).

Según el Alto Comisionado de las Naciones Unidas, cerca de 1 millón de venezolanos han llegado al Ecuador desde el año 2015, de ellos, cerca de 300000 ha decidido quedarse en el país y el resto ha seguido su camino hacia Perú y Chile. El hallazgo en el Cementerio de San Miguel es, en este contexto, uno de muchos datos incómodos que se esconden dentro de los grandes dramas migratorios. El eje central de esta ponencia se asienta en dos preguntas: ¿Qué distingue a la muerte como experiencia total en contextos límite como la migración? Y ¿De qué maneras se construyen los lazos afectivos entre los migrantes con el espacio que los acoge a través de la muerte?

¹ Leonardo Zaldumbide Rueda, Quito 1979. Doctor en Historia de los Andes por FLACSO Ecuador. Máster en Gobierno de la Ciudad con especialización en Centralidades Urbanas y Áreas Históricas por FLACSO Ecuador. Sociólogo con mención en Relaciones Internacionales por la Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Es el coordinador académico de la Red Ecuatoriana de Cultura Funeraria. Docente de la Escuela de Historia de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y del área de posgrados de la Universidad de las Américas.

Ciertamente, cada proceso migratorio debe ser comprendido en su contexto histórico y teniendo en cuenta sus peculiaridades; sin embargo, la muerte que acontece en situaciones de movilidad y desapego será siempre un indicador doloroso del precio que se paga por el desarraigo, más aún cuando éste no es voluntario.

La teórica feminista Angela Davis mencionó en una reciente entrevista que en el mundo global las condiciones de la migración obligan a ver al sujeto en movilidad como un “preso político”². A Davis le preocupa la manera en que se recibe a las personas y los mecanismos de integración (construcción efectiva y afectiva de vida) que pueden encontrar en espacios cada vez más marcados por posiciones totalitarias.

En un mundo en el que los flujos imperan sobre los espacios, las muertes en contextos migratorios son cada vez más frecuentes. Actualmente, según el Departamento de Asuntos económicos y sociales (Desa) de la ONU, existen cerca de 34 millones de migrantes latinoamericanos, es decir, un 15% de una diáspora global, cuyos pasos no sólo van rumbo al norte, sino a cualquier lugar donde puedan conseguir ingresos (Franco 2015, 2).

Ya en sus reflexiones sobre el totalitarismo, Hanna Arendt, dejaba claro que detrás de los flujos poblacionales se escondían complejos problemas de exclusión y maltrato que se disfrazan de políticas enfocadas a fenómenos excepcionales (Arendt 2006, 232). Aun sacando la referencia de su contexto de producción, se entrevé que el problema en sí no es el fenómeno migratorio sino las características de la recepción y movilidad de grupos humanos en distintos contextos históricos.

La reflexión de Arendt lleva a pensar en las tipologías de la migración y en las formas que adquiere la aceptación o el rechazo del sujeto migrante. Adela Cortina ha ido un poco más lejos al desarrollar el concepto de aporofobia como elemento diferenciador de las migraciones actuales: el migrante que molesta es el pobre y no necesariamente el proveniente de una región o el practicante de una fe diversa. Molesta quien se mueve “sin recursos, el desamparado, el que parece que no puede aportar nada positivo al PIB del país al que llega o en el que vive desde antiguo, el que, aparentemente al menos, no traerá más que complicaciones” (Cortina 2017, 6).

² Angela Davis, los migrantes son presos políticos:
https://elpais.com/cultura/2018/10/25/actualidad/1540468443_420474.html

Morir en estas circunstancias se convierte en un problema múltiple que enfrenta al sujeto que migra, con sus relaciones culturales originarias y con aquellas que va adquiriendo en proceso de inserción a una nueva cultura (Tarrés, Solé y Javega 2012, 2). Más allá de las problemáticas sociales y económicas que implica el morir en un contexto migratorio no deseado, el hecho luctuoso, dependiendo del contexto histórico cultural, también se verá afectado por las dinámicas culturales preeminentes en la sociedad receptora. Morir en tierra ajena, en estas circunstancias, implica reconstruir un sistema complejo de afectividades con el espacio que recibe los restos.

La presencia del migrante que se debate en la escasez, el que sufre el sesgo irracional de la aporofobia, es rechazada; por tanto, su muerte también resulta incómoda. Sin embargo, esas muertes acontecen y son procesadas en los bordes de visibilidad de las sociedades receptoras. Como sostiene Castiglione (2012, 9), esas muertes se vuelven inclasificables ya que cuestionan a todos “sobre la doble condición del sujeto inmigrado aquí y emigrado de allá”. Los bordes y la marginalidad en la sociedad de los flujos (líquida diría Bauman) se vuelven móviles; los sujetos que atraviesan las fronteras suelen enfrentar una dolorosa situación de desarraigo. Salvando las distancias, Arendt (2006) analizaba a los desplazados por el Holocausto como seres sin estado, lo que significaba entenderlos como sujetos a quienes les habían sido expropiados buena parte de sus derechos. La crítica de Arendt a la concepción misma de “derechos humanos” tenía relación con que estos se otorgaban a las personas en función de su pertenencia a una u otra comunidad, dejando de lado su condición de pertenencia a la humanidad. Bajo esta perspectiva, históricamente, se han ido creando condiciones para clasificar a los seres humanos en movilidad como refugiados, apátridas, parias, deportados, disidentes, en fin, extranjeros en un mundo en el que cada vez las fronteras se vuelven difusas.

El contexto de virtualidad y flujos que caracteriza al siglo XXI genera ventajas y desventajas para el migrante; por un lado, se enfrenta a la sociedad del control y la vigilancia, mientras que por otro lado le permite mantener ciertos mecanismos de conexión con su familia y su lugar de origen. Las migraciones hacia el Ecuador en el siglo XIX y XX fueron más lentas y menos voluminosas. Su lejanía de los grandes polos económicos y su inestabilidad política lo convirtieron en un destino poco demandado. Las ciudades ecuatorianas en el tránsito de los siglos XIX al XX se configuran a partir de intensos flujos migratorios internos que no

solo configuran el conflictivo panorama social, sino que impactan en las maneras en que en la ciudad se concibe lo foráneo, lo ajeno y se determinan formas de inclusión y rechazo (Kingman 2008, 167 -168). El otro, en la acepción de Kingman, es aquel que trajina entre los bordes e intersticios de la economía urbana, integrándose precariamente al sistema capitalista en ciernes.

Las migraciones europeas del siglo XIX no pueden ser leídas dentro de esta matriz; ese migrante es el aventurero, el estudioso, el investigador o el empresario que es bien visto por las autoridades y la población. Son pocos los que llegan a estas tierras debido al desconocimiento de las mismas. (Moscoso 2017, 124) Sin embargo, la diferencia con estos migrantes, que tienen el capital social para integrarse a los círculos capitalinos, radica en su condición de disidente; en su fe.

2.- Disidentes

Luciano Andrade Marín (Quito 1873 -1972), fue un cronista e investigador quiteño que dedicó buena parte de su esfuerzo académico a recopilar y publicar “historietas” sobre su ciudad. Algunos de estos relatos han sido rescatados y se han convertido en una suerte de comodín historiográfico para ciertos temas relacionados con la cotidianidad de la urbe. Uno de estos relatos tiene que ver con la formación del llamado Cementerio de Disidentes de Quito.

Cuenta Andrade Marín que, en el año de 1867, la Smithsonian Institution envió una expedición para que emulara el viaje que Orellana realizó desde Quito hacia el Amazonas. Comandó el equipo de investigación, el profesor James Orton de la Universidad de Rochester y junto a él viajó el artista y naturalista coronel Phineas Statuton de la Universidad de Ingham. La mala fortuna hizo que Stauton contrajera algún padecimiento en Guayaquil falleciendo en su arribo a Quito. En el centro del relato, Andrade Marín, muestra a los acongojados expedicionarios buscando un espacio de inhumación para su compañero en la tradicional y católica Quito.

Intentaron enterrarlo en el Cementerio de El Tejar, pero la comitiva se encontró con la férrea oposición de los sacerdotes encargados del cementerio. Tuvieron que recurrir, dice Andrade Marín, al fanático gobernante ecuatoriano Gabriel García Moreno para que designe un espacio en los ejidos de la ciudad para la construcción de un cementerio protestante.

Orton, en su libro *“The Andes and the Amazon”*, afirma: “El fanático gobierno al fin ha consentido en señalar un cuarto de un acre en las afueras de la ciudad para dar sepultura subterránea a los herejes ... Aquel 8 de septiembre de 1867, fue un nuevo día en los anales de Quito. En aquel día la Imperial Ciudad contempló por la vez primera en trescientos años en entierro de un protestante en un Cementerio Protestante” (Andrade Marín 2003 189- 191). El sentido del relato es aleccionador, a mediados del siglo XX se veía con asombro la reacción de la sociedad confesional del siglo XIX, sin embargo, las motivaciones para la construcción de un panteón para disidentes parecen revestir, más bien, un trasfondo político. El 11 de junio de 1867, meses antes de la muerte de Stauton, el Gobierno Supremo, había solicitado al Cabildo la dotación de un espacio para la formación de un cementerio para protestantes:

Leyóse un oficio del H. Sr. Ministro del Interior pidiendo que el H. Concejo ceda al Gobierno. Una media cuadra de terreno situada en el ejido Norte para formar el panteón de protestantes y sometido á la consideración del H Concejo, el Sr. Presidente manifestó que en su concepto la solicitud era demasiado justa; pero que él encontraba inconveniente el lugar escojitado siendo el único punto por donde algún día puede estenderse (sic) la población se había de tropezar con ese panteón construido al medio de la ciudad (AMH, Actas de cabildo 1866 1869. Folio 154.)

La necesidad logística del panteón no es puesta en duda, más aún cuando en ese mismo cabildo se están debatiendo todos inconvenientes que ha causado el cierre del viejo cementerio franciscano de San Diego. El problema es filosófico; la necesidad de brindar inhumación a quienes profesan otra fe choca con las estructuras mentales de quienes, en la época, los consideran contaminados a nivel espiritual. No se pone en duda la necesidad física de la inhumación; así lo hace notar el edil Gómez: “Los protestantes como los cristianos somos hombres y todos tenemos necesidad de un lugar en donde depositar nuestros cuerpos”. Las motivaciones religiosas motivan la separación ideológica entre quienes profesan la fe y quienes no, pero más allá de aquello, el modelo nacional católico de García Moreno había buscado reconocimiento externo mediante tratados internacionales con Gran Bretaña y Estados Unidos que exigían la instauración de cementerios para sus conciudadanos. Afirma el señor Cisneros: “He leído los tratados celebrados con la Gran Bretaña y los Estados Unidos y si es verdad que por estos últimos el Gobierno está obligado á crear un panteón para los protestantes” (AMH, Actas de cabildo 1866 1869. Folio 155.)

El Cabildo enfrenta dos problemas: la presión social que busca mantener a los cementerios como espacios de distinción y la escasez de recursos que mantienen a la ciudad en una crisis

sanitaria debido a la carencia de panteones municipales. Esta situación enfrenta a los miembros del cabildo quienes consideran, cuando menos, imprudente gastar recursos y ceder el terreno para edificar un panteón que les resulta ajeno y carente de sacralidad. Se argumenta, por tanto, que si bien la ley faculta al Cabildo para crear cementerios “es bien sabido que allí se trata de cementerios católicos, romanos, no protestantes, puesto que este es un país esencialmente católico” (AMH, Actas de cabildo 1866 1869. Folio 159.)

Esta distinción que se establece entre creyentes y no creyentes no permea el ámbito social, los viajeros y exploradores del siglo XIX pueden acceder a determinados espacios sociales, sin embargo, la discriminación se hace visible en los sitios de fe y se hace evidente en la muerte. Los debates en torno a las estructuras de la muerte necesariamente evocan a las discusiones morales en las que se halla inscrita la sociedad. Sorprende, de todas maneras, lo adelantado del discurso de algunos ediles que se contraponen claramente a la idea esbozada en la historieta de Andrade Marín. Navarro, por ejemplo, afirma: “Si el sepulcro es el lugar de donde ha de levantar la mano de Dios á todos los hombres de cualquier secta que hubiese sido ¿por qué nos oponemos a fabricar un panteón que es el que sostiene la feliz idea de la inmortalidad?” En la misma tónica, Pólit opina: “Yo fui uno de los que atendiendo á la cuestión religiosa estuve talvez en contra de la mosión (sic), pero habiéndome consultado con sacerdotes ilustrados veo que podemos no solo ceder el terreno que nos pide, sino construir el panteón.” (AMH, Actas de cabildo 1866 1869. Folio 160.)

La posibilidad de acceso a una inhumación digna para los contados migrantes europeos y norteamericanos que llegaban al Quito del siglo XIX se había estado debatiendo algún tiempo; se consideraba un problema constitucional ya que en el artículo 164 de la Carta Magna del Estado se establecía la libertad de ingreso al Ecuador, pero no se tenía en cuenta la posibilidad de espacios de inhumación en caso de fallecimiento.

La situación de estos migrantes era tenida como “humanitaria” y ya que se había confiado, mediante el artículo 22 de la Ley de Régimen Municipal de la época, la creación, conservación y mejora de los cementerios al Municipio, era menester ejecutar el pedido del Gobierno. El Cabildo, que no había podido ejecutar ningún plan para la creación de un cementerio municipal, vio con recelo la designación. Algún miembro del Concejo llegó a afirmar que la instalación de un cementerio en el borde de la ciudad podía deprimir a la población. A lo que edil Garzón respondió: “Todos los días estamos viendo el panteón de

San Diego que está en un punto muy visible y sin embargo no nos entristecemos: el que quiere cantar canta y el que quiere alegrarse se alegra sin recordar siquiera la existencia de tales cementerios” (AMH, Actas de cabildo 1866 1869. Folio 168.).

La consolidación del Cementerio de Protestantes se dio en los meses siguientes; sabemos por el relato Orton que, para septiembre del mismo año de 1867, ya estaba ocupado por su primer difunto: el coronel Stauton³.

Una lectura posible es que la condición del migrante europeo y norteamericano del siglo XIX ya había variado respecto de la condición condenatoria que existía en el periodo virreinal; socialmente su movilidad era amplia, pero permanecían aún ciertos resquicios ideológicos que motivaban la segregación moral y espacial en la muerte. El propio García Moreno había motivado la llegada de intelectuales y religiosos europeos con el fin de dar forma al proyecto nacional y, por tanto, no podía ser tan contrario como se lo pinta respecto de un tema que, más allá de lo ideológico, revestía importancia estructural.

En décadas posteriores, ya en las épocas del progresismo⁴, se hablaba de la posibilidad de promover migraciones europeas para consolidar la ocupación del Oriente ecuatoriano. En 1887, el Ministro del Interior y Relaciones Exteriores, José Modesto Larrea, consideraba que la ocupación de las llamadas “tierras baldías” era un deber imperante puesto que el aparato estatal no había consolidado su presencia en amplias zonas del territorio nacional. Ya en el periodo liberal, en 1897, se motivaba la entrega de cinco hectáreas de tierra a cada familia europea que migrase al Ecuador (Moscoso 2012, 125). Más allá de la posible discrepancia ideológico – religiosa, la migración blanca era tenida en cuenta como base para la consolidación de proyectos nacionales en los que, más allá de los debates y logros al respecto, la población indígena y el carácter andino de la nación seguía siendo un peso.

A pesar de la oferta, pocas familias europeas llegaron al Ecuador de principios de siglo; antes de la Primera Guerra Mundial, se contaban alrededor de 10 familias alemanas, unos pocos

³ Jorge Martillo Monserrate cuenta que “[...] en 1866 falleció en Guayaquil Edwar St. Jhon Neal, encargado de negocios de S.M. Británica, cuando su cuerpo era trasladado al camposanto, funcionarios eclesiásticos impidieron que sea enterrado porque era protestante. En esos tiempos, el cementerio era administrado por la Iglesia católica para uso exclusivo de sus feligreses. Este incidente provocó que en 1870 se construya el cementerio de los protestantes, años más tarde designado como cementerio de los extranjeros.” Nótese la similitud con el relato quiteño.

⁴ Priodo comprendido entre el magnicidio de García Moreno en 1875 y el inicio de la Revolución Liberal en 1895. Se caracterizó por gobiernos que gozaron de cierta estabilidad económica y que manejaron un modelo político conservador moderado.

ingleses, unos 25 franceses, y algunos italianos, daneses y chinos. Entre ellos, para 1917, se habían instalado 17 familias judías en Quito (Moscoso 2012; Kersfeld, 2018). Quienes llegaron se sintieron atraídos por las facilidades, el exotismo y la recepción que se prodigaba a los extranjeros a quienes se tenía por portadores de civilización. En su gran mayoría, quienes arribaron antes de la Segunda Guerra Mundial, vinieron atraídos por la posibilidad de generar emprendimientos industriales o por el ejercicio profesional y no tuvieron problemas en ingresar a las élites locales (Moscoso 2012, 130).

A partir del ascenso de Hitler a al puesto de Canciller Imperial en 1933, la situación de los judíos europeos se tornó crítica. En 1935, el Representante del Alto Comisionado de la Liga de las Naciones para los refugiados de Alemania, James G. McDonald, junto al historiador Guy Inman, recorrieron América Latina para encontrar hogar para las cerca de 3000 personas que habían salido de Alemania, pero que encontraban dificultades de asentamiento en Europa (Kersfeld, 2018, 23). Estos esfuerzos de ubicación y traslado encontraron ecos positivos en el Ecuador. En 1937, el dictador Federico Páez, continuando con las líneas políticas que había establecido Velasco Ibarra, concretó los elementos desarrollados por el Comité *pour l' Etude de l' Agriculture, l' Industrie et L' Immigration dans la République de L' Equateur* que estaba conformado también por la *Freeland League of Jewish Territorial Colonization* y coordinado por la organización judía HICEM. Bajo este marco jurídico, el país promovió la posibilidad de asentamientos judío alemanes en 485000 hectáreas. Afirma Kersfeld (2012, 27) que se les prometía la exención de impuestos por tres años, ciudadanía después de un año, liberación de aduanas y transporte en tren desde el puerto al interior y 3500 francos, o más, por familia para que se dedicasen a labores agrícolas. La organización HICEM decidió, por falta de criterios técnicos, no apoyar efectivamente el proyecto en ese mismo año.

La comunidad alemana, que para 1936, contaba con más de 150 se organizó alrededor de la *Deutsche Schulverein* y fundó en 1934 la Compañía Comercial Inmobiliaria S.A. con el objeto de ejecutar proyectos de interés para la comunidad alemana, entre ellos el Colegio Alemán y el Cementerio. La Compañía contó con apoyo técnico y financiero del gobierno del Reich, razón por la que, ciertos sectores de la sociedad local, empezaron a ver con desconfianza los emprendimientos de los germanos.

Ya desde la segunda década del siglo XX, el antiguo Cementerio de Protestantes había dejado de funcionar (Gomezjurado 2017, 282), y aunque los cementerios decimonónicos se habían

tornado en cementerios generales, las comunidades europeas empezaron a demandar nuevos sitios para sus inhumaciones.

3.- 1938: un nuevo eje funerario

Desde finales de la década de 1930 arribó al país un nuevo tipo de migrante europeo; se trató de los perseguidos por el régimen totalitario de Adolf Hitler. A diferencia de los europeos que llegaron durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, los migrantes judíos de diáspora huyeron de la desastrosa contingencia del conflicto, en ocasiones, sin saber siquiera dónde estaba ubicado su destino.

La anexión de Austria al Reich Alemán en 1938 (Anschluss) incrementó los flujos migratorios desde Europa; ya en la Conferencia de Lima de ese año se estableció un modelo americano de inmigración que debía aplicarse en la región. Si bien el Ecuador nunca cerró sus delegaciones consulares, no todos en el país veían con confianza absoluta a la migración judía. El general Alberto Enríquez Gallo, Jefe Supremo, promovía la expulsión de aquellos que se apartasen de ciertas áreas laborales o que ejerzan participación política (Kersfeld 2018, 27).

Ese mismo año otro hecho motivaría la creación de un espacio de inhumación para la población alemana de Quito. La Sociedad Ecuatoriana de Transportes Aéreos SEDTA⁵, que había sido fundada el 24 de julio de 1937 por el empresario y piloto alemán, Mayor Fritz Hammer, se había consolidado como el primer esfuerzo empresarial en generar rutas comerciales aéreas en el Ecuador. En los primeros meses de 1938, Hammer había viajado personalmente a Alemania para importar un segundo avión Junkers⁶ para que cubriese la recientemente establecida ruta Quito – Guayaquil.

El vuelo de prueba del flamante avión se reportó perdido por la prensa local el 5 de marzo de 1938:

El avión Junkers No3 venía piloteado por el experimentado aviador alemán y veterano de la guerra europea, Mr Hammer quien acaba de llegar de Alemania a donde fuera a ultimar la adquisición de los aviones que serán destinados al servicio aéreo comercial en el Ecuador,

⁵ Subsidiaria de la Deutsche Lufthansa DLH con un capital inicial de 700 mil sucres de los cuales 620 mil fueron el aporte de Lufthansa y el remanente de inversionistas nacionales como parte de la expansión de esta empresa en América Latina.

⁶ Capacidad para nueve tripulantes, tanques para 600 litros de gasolina, 15 metros de largo, autonomía de vuelo de hasta 7 horas y dotado de radio cuya longitud de onda era de 420 metros.

además del piloto venían los mecánicos Mr Weis y Butscher y también el capitán Marco Aguirre de la aviación militar ecuatoriana (AHMC, El Comercio 5 de marzo de 1938).

La desaparición del vuelo fue ampliamente cubierta por la prensa; se especuló que al haber malas condiciones climáticas, Hammer pudo haber tomado una ruta alterna por el mar. Otra información daba cuenta de una aeronave que había sido vista sobrevolando Babahoyo (centro del país) a la 1 y 30 de la tarde. Las operaciones de búsqueda se desplegaron inmediatamente y encontraron los restos del avión en un pico alto de 3800 metros de alto, en el sector de Cuyucto, muy cerca del volcán Chimborazo. Los cuatro cadáveres yacían a metros del resto del fuselaje, todos irreconocibles, con la excepción del cuerpo del piloto ecuatoriano.

El hecho consternó al país, Hammer⁷ era considerado una de las figuras descolantes de la aviación militar y comercial, y el capitán Aguirre era tenido como la promesa de la aviación militar ecuatoriana. Se dispuso la realización de un funeral de Estado en el Círculo Militar de Quito y el penoso rescate y traslado de los cuerpos desde Riobamba a la capital. El día lunes 7, el Gobierno publicó un parte luctuoso: “A la colonia alemana, cuyos miembros muy distinguidos y apremiados eran los señores Hammer, Weiss y Butscher, igualmente se les ha hecho llegar la constancia del profundo dolor general por esta pérdida”. (AHMC, El Comercio 7 de marzo de 1938).

La comunidad alemana participó activamente en el traslado de sus conciudadanos y debatió la necesidad de contar con un cementerio para inhumarlos, sin embargo, dada la premura del caso se decidió cumplir con los protocolos del caso:

El señor Wollermen, miembro de la Colonia alemana fue comisionado para revisar el traslado de los cadáveres desde Ambato. Los miembros de la colonia alemana, según comunicó el señor Giese, de la legación, se habían trasladado a la hacienda “Sinche”, a 6kms del lugar del accidente. Informaron que el traslado de los cuerpos fue tortuoso y difícil, participaron, además, Drechsel, Wiesser, Kakabadse, Griesbach, Schrrmeister y Beutler. (AHMC, El Comercio 7 de marzo de 1938).

⁷ El día lunes 7 de marzo de 1938 apareció en El Comercio de Quito una semblanza del aviador: “El mayor Fritz W. Hammer, piloto de guerra de la aviación alemana. “As” de las batallas del 14 al 18, que se acreditó a su haber más de quince aviones enemigos derribados, fue en tiempo de paz, uno de los aviadores del DOX, el gigantesco avión transporte, que por mucho tiempo fue la admiración del mundo [...] Fue representante de poderosas casas y consorcios de navegación aérea [...] vino a Sud América [con] 25 años de práctica como piloto, en calidad de comisionado y colaborador, para el establecimiento de “SCadta”, en Colombia en 1921, la primera compañía de navegación aérea en Sud América, la primera que efectuó el vuelo desde Colombia a América del Norte. Ayudó también al establecimiento de la Compañía Cóndor en Brasil en 1925.



1938, la prensa local lamenta el fallecimiento de los cuatro pilotos de SEDTA. En la imagen de abajo a la derecha se puede observar que sobre el féretro del mecánico Butscher reposa la bandera del Reich alemán.

El funeral convocó a una enorme multitud que se agolpó en las afueras del Círculo Militar, que había sido profusamente decorado por la Sociedad Funeraria Nacional y por la Funeraria de la Cooperativa de Militares Retirados; también la población se agolpó en las calles para despedir los restos mortales en su camino hacia el Cementerio de San Diego. La prensa recogió parte de un discurso que se pronunció en el Cementerio: “¡Europa! Generosa Europa: cuánto te debe el suelo americano. Esta vez la preclara y viril Alemania se presta al holocausto, y en sed de ascenso a Quito, riega de rojos fulgores las nieves de nuestras montañas” (AHMC, El Comercio 9 de marzo de 1938).

Tanto el pomposo funeral, como las actitudes demostradas para la comunidad alemana dan cuenta de que gozaban el reconocimiento de la colectividad y que ya hacían parte de la vida

social de la ciudad. La búsqueda de un cementerio propio respondía, por tanto, más a un deseo de la comunidad alemana, que a una necesidad de infraestructuras diferenciadas. Tres meses después del accidente, el 20 de junio de 1938, La Compañía Inmobiliaria Alemana S.A. (Schulhaus A.G.), representada por su gerente Reinaldo Schwalbe, adquiere por compra a la señora Clemencia Páez de Espinosa⁸, un lote de terreno de 25973 metros cuadrados, en la parroquia de Zábiza, en el fundo denominado “Ishquizanja” en Monteserrín. El objetivo de la compra fue la instauración de un cementerio alemán que recibiese, en primera instancia los restos de los pilotos que habían sido depositados en San Diego (ACA, documentos).



Conjunto funerario en el que reposan los pilotos de 1938 en el Cementerio Alemán de Quito. Fotografía Leonardo Zaldumbide.

El Cementerio Alemán empezó a funcionar en octubre de 1938, pero más allá de la evidente y primaria función de espacio de inhumación sirvió como un sitio de reunión y consolidación del núcleo alemán de Quito. El sitio resultaba tan lejano que llegar al naciente cementerio implicaba todo un plan operativo, así lo recuerda Carmen Dammer:

Mi abuelo me contó que en un principio decían: “Qué tontería que compren esa tierra tan lejana”, hay que entender que para mis abuelos esto no era ciudad, sino hacienda. Habían comprado este pedazo pensando en un cementerio propio, pero también se convirtió en una especie de quinta, esto era un bosque, y aunque ya había un par de tumbas, venían con los niños y hacían pic nics, o se daban rituales bonitos como la recolección de los huevos de

⁸ En las escrituras del Cementerio se reservó un lote de 30 metros de lado para la construcción de una tumba particular para los familiares de la señora Páez, ese lote sigue en espera de la construcción.

pascua y los chocolates. Se formó también un sitio de unión. Lo fueron cuidando muy familiarmente con mucha confianza. Nunca sacaron dinero de esto, fue una demanda cultural, tener un cementerio que les recuerde a su patria: piedra, cipreses y tierra.” (Carmen Dammer entrevista, agosto 2015).

El diseño del cementerio ajardinado y con cipreses se oponía claramente al antiguo patrón monumental decimonónico imperante en San Diego o El Tejar, al tiempo que la carencia de estructuras de nichos, como sería la tónica del Cementerio Mariano Rodríguez de la Sociedad Funeraria Nacional que empezaría a funcionar al lado del Cementerio Alemán meses más tarde, le daría un toque campestre y rural. El Cementerio se convirtió en un eje de la cultura europea en la ciudad de Quito, durante sus primeros años se inhumaron en él personas de distintas tendencias religiosas y filosóficas, pero hermanas por su lengua y cultura:

Aquí, naturalmente, están enterrados aquí muchísimos alemanes que desde esa época han vivido aquí en Ecuador [principios del siglo XX], que han vivido en las diferentes épocas, los de la época de antes de la Primera Guerra Mundial; los jóvenes de después de la Primera Guerra Mundial, los alemanes judíos, también estuvieron unos pocos pro nazis aquí, suerte pocos, después vinimos nosotros, la generación de la post guerra, de la Segunda Guerra Mundial (Dietmar Menschig entrevista, junio de 2013).

La situación de los migrantes que huían de los campos de concentración del Reich no era tan bucólica; la demanda de visajes para Ecuador se mantuvo durante todo el conflicto y aumento entre 1944 y 1945. A pesar de ser un destino incierto, el Ecuador tenía enormes necesidades innovación tecnológica debido a los nuevos procesos de industrialización y esto atrajo a algunos migrantes técnicos. En 1942 se produjo la ruptura de las relaciones entre los gobiernos de América Latina con las potencias del Eje, situación motivada por presión de Gran Bretaña y Estados Unidos, pero el Ecuador mantuvo en funcionamiento a sus misiones diplomáticas casi hasta el final del conflicto.

Si bien hubo algunos funcionarios que tuvieron posiciones conflictivas, el ingreso de migración judía no fue vetado; de hecho la Ley de Migración de Ecuador nunca impuso cuotas de entrada de migrantes; se propiciaba el ingreso de migración europea. Gobiernos como los de Velasco Ibarra o Arroyo del Río veían en los migrantes judíos una gran oportunidad para generar desarrollo en el país. (Moscoso 2012, 155

Para fines de febrero de 1944, se habían extendido entre cinco y diez mil pasaportes latinoamericanos, más otros cuatro mil que estaban en Suiza. (Kersfeld 2018, 30). Tal como se ha escrito antes, a pesar de que la mayoría de migrantes desconocía de su nuevo destino,

la apertura migratoria ecuatoriana permitió que cerca de 3200 judíos ingresen al país hasta 1945. Los trámites necesarios para abandonar Europa eran engorrosos e incluían permisos del Ministerio de Relaciones Exteriores, notificación de la GESTAPO, pasajes marítimos, etc. En este contexto llegaron al país migrantes de Alemania, Polonia, Hungría, Francia, Checoslovaquia e Italia (Kersfeld 2018, 35).

Luego de pocos años de llegados, también estos migrantes judíos pudieron establecer su propio cementerio ubicado en La Magdalena, al sur de la Ciudad de Quito, en septiembre de 1947. Este primer Cementerio Israelita tuvo que ser trasladado al norte de la urbe, junto al Cementerio Alemán, debido a la construcción de la avenida Mariscal Sucre. Recuerda Ricardo Ordóñez, miembro de la comunidad judía:

El primer Cementerio Israelita se ubicó al sur, de ahí trajeron a todos los cadáveres al nuevo cementerio. En el rito judío, el cuerpo reviste suma importancia y no debe ser profanado. Por eso les trajeron incluso con sus mastabas para que con ellos se inaugure el cementerio del norte. Este espacio había cedido a la Comunidad Judía, la Sociedad Funeraria Nacional y aquí hemos podido edificar nuestro cementerio. (Ricardo Ordóñez entrevista, agosto de 2015).

La instalación del Cementerio Israelita en el norte, a principios de la década de 1950, configuró, junto con los Cementerios Alemán y Mariano Rodríguez, el polo funerario moderno de la ciudad. Muchos quiteños desconocen la existencia de los cementerios Judío y Alemán y piensan que todo el espacio funerario corresponde al Cementerio de El Batán, como es más conocido el Mariano Rodríguez. Sin embargo, incluso el recuerdo del viejo Cementerio Judío persiste en la memoria de algunos comuneros de La Magdalena. Don José Pillajo recordaba: “Abajo, por donde ahora es la avenida, había otro cementerio. Era de unos gringos. Eran buenos y nos daban dulces, y nos pedían que cuidemos las tumbas. Rezaban raro, como moviendo la cabeza” (José Pillajo entrevista, junio 2016).

4.- Un espacio propio en tierra ajena: dos casos en conclusión

El Cementerio Alemán de Quito es un hermoso jardín en medio del, hoy por hoy, desarrollado polo urbano del norte de Quito. En la mitad del Cementerio se levanta un enorme *eiche* (roble alemán) especie de cuatro estaciones que nadie se explica cómo llegó a asentarse en el clima constante de Quito. Los administradores del cementerio lo mantienen como si fuera un tesoro, fumigaciones, abonos, podas... Nadie sabe cómo llegó ahí, pero se dice en el Cementerio que quizá un difunto llevaba una semilla en uno de sus bolsillos y el roble creció. Es posible que simplemente alguien haya arrojado una semilla en algún funeral o cuando fue a visitar a un familiar, lo cierto es que corona el espacio y le dota de sentido. Es una entidad que no debía estar ahí, pero está. Ha crecido tanto que parece estar muy a gusto. Esta historia podría ser la historia de un migrante, aunque ningún lugar del mundo debería estar vetado para nadie, en ocasiones otro lugar, distinto y agreste, puede convertirse en un espacio reconfortante.

En abril de 1955, la “Compañía Comercial Inmobiliaria Alemana” vendió el terreno del cementerio a la Cooperativa Mixta Max Uhle, una entidad benéfica creada exclusivamente para el manejo del equipamiento, se afirma en la compraventa: “El inmueble debe seguir con el exclusivo objeto de que sirva como cementerio de la Colonia Alemana residente en la Capital, en forma permanente y perpetua, como ha venido funcionando desde que se fundó” (ACA documentos).

En el espacio del cementerio también se cedió un espacio para que funcione la Parroquia de Habla Alemana Sankt Michael en 1993, con ello La parroquia se ocupó de la construcción de la capilla y del salón de actos sociales. Con estos elementos, el Cementerio Alemán de Quito se configuró como un polo cultural que va mucho más allá de un espacio para inhumaciones. Si se contaran las vidas quienes yacen en el Cementerio Alemán de Quito se podría reconstruir buen aparte de la historia de la ciudad: Rolf Blomberg, Aracely Gilbert, los industriales Juris, los médicos Weilbauer, etc. (ACA, Documentos)

La comunidad judía del Ecuador fue fundada en 1938 bajo el nombre de Asociación de Beneficiencia Israelita de Quito. Fue creada por Julio Rosenstock, originario de Austria, que llegó primero al país en 1914 contratado para la construcción de una parte del ferrocarril en Ecuador.



Esquemas arquitectónicos de los Cementerios Alemán (izquierda y en rojo) e Israelita (Derecha y en azul) de Quito. Ambas estructuras conviven separadas por pocos metros y limitan con el Cementerio Mariano Rodríguez de la Sociedad Funeraria Nacional. Formaron, en conjunto, un nuevo polo funerario en el naciente norte de Quito desde la tercera década del siglo XX. Elaboración propia.

Luego de la conformación de la Comunidad, se tuvo que enfrentar la crisis migratoria producida por el Holocausto. Una vez llegados al puerto de Guayaquil, muchos decidieron subir a la serranía favorecida con un clima bastante más parecido al de sus regiones de proveniencia.

En Quito, la Comunidad Judía llegó a tener cerca de 3000 miembros (según algunas fuentes, 4000). En la actualidad el complejo que conforma el Cementerio Israelita de Quito con su sinagoga, son de los elementos más representativos de la cultura hebrea en la región. Entre las lápidas del blanco cementerio se cuentan los nombres de algunas de las familias de industriales, comerciantes y científicos que más han aportado al desarrollo del país: Kiwy, Swarzkopf, Rosental, Di Capua. Este ícono de la cultura funeraria nacional, como su vecino alemán, da cuenta de historias de apego y hermandad.

Epílogo: dos monumentos

Este trabajo busca abrir un área de debate que en el Ecuador, si ha sido tocada, se lo hecho desde la descripción y no desde una perspectiva constructiva. Las migraciones no son movimientos de extraños; el sentido nacional de los pueblos latinoamericanos es la diversidad.

Los cementerios funcionan como pruebas de ello, como laboratorios de memoria, como centros contra el odio y la discriminación. La muerte, la gran igualadora, se convierte en el contexto migratorio en una pedagogía que enseña a través de lo que les fue arrebatado a otros, a sus vidas. La dualidad emigrados/inmigrados, trae de vuelta a esos seres en su condición de doble ausencia (Tarrés, Solé y Javega 2012, 2).

Desde la década de 1990, en el Cementerio Alemán de Quito se entierran también locales, personas que guarden algún tipo de afecto con la comunidad. El cementerio se ha convertido en un espacio no confesional, entre sus lápidas, se encuentran luteranos, católicos, judíos e incluso musulmanes. Afirmaba Carmen Dammer: “Es nuestra historia la que nos enseñó a ser diversos”.

En el área central del Cementerio Alemán resalta un monumento, una pared en la que resalta una frase: “*Den Töten der Kriege un der Verfolgung*”. En español sería: “A los muertos por la guerra y la persecución.” La Comunidad Alemana ha insertado en su cementerio un aviso para los visitantes, según Dietmar Menschig:

El monumento debe evocar a todos los que han muerto en forma violenta, hemos tenido la Primera Guerra Mundial donde murió mucha gente; miles de jóvenes que estuvieron en la guerra. En recuerdo también de los perseguidos, los judíos alemanes y los muertos en la Segunda Guerra Mundial por los bombardeos o por la guerra misma. Por la unificación de Alemania con el mundo. Cada año, en el mes de septiembre, el embajador deja una corona en este monumento. Recordamos siempre el duelo del pueblo alemán. (Menschig entrevista, agosto de 2013).

A pocos pasos del monumento del Cementerio Alemán de Quito se encuentra el muro del Cementerio Israelita. Junto al ingreso al equipamiento funerario destaca un intrincado conjunto escultórico que Sara Roitman desarrolló para recordar a quienes vinieron de lejos para hacer una vida nueva. Entre oraciones y los nombres de los campos de concentración y exterminio hay espacio para depositar pequeñas rocas que indican a los difuntos que alguien se acordó de ellos.

La dimensión pedagógica de la muerte y los cementerios se desarrolla en la idea de diversidad en la igualdad ante el fenómeno biológico; en la profundidad de las memorias que nos vuelven humanos. Queda pendiente buscar y dar sentido a las muertes de nuestros hermanos que aún siguen desplazándose por el mundo en busca de una vida mejor.



Monumentos funerarios en los cementerios Israelita y Alemán. A la izquierda, en el Cementerio Israelita el conjunto edificado por Sara Roitman en el que se dejan leer oraciones y los nombres de los campos de concentración y exterminio donde murieron parientes de quienes reposan en el cementerio. A la derecha, una sobria pared en el Cementerio Alemán de Quito rinde tributo “a los muertos de la guerra y la persecución”. Fotografías Leonardo Zaldumbide



6.- Bibliografía

Archivos:

ACA Archivo Cementerio Alemán
 AMH Archivo Metropolitano de Historia
 AHMC Archivo Histórico del Ministerio de Cultura

Secundarias:

Andrade Marín, Luciano (2003), *La lagartija que abrió la Calle Mejía*. Quito: FONSA.

Arendt, Hanna (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Taurus.

Castiglione, Celeste (2016). *Migrar o morir. Reprersentaciones de la ausencia en la trayectoria migratoria en el pasado y en el presente*.

Cortina, Adela (2017). *Aporofobia. Rechazo al pobre*. Madrid: Paidós.

Franco, Luis (2015). *Una mirada a la migración internacional en América Latina desde la perspectiva de la libertad política en Hannah Arendt*. Tesis de grado para la obtención del título de Doctor en Filosofía. Universidad de Chile.

Gomezjurado, Javier (2017). *Historia de la muerte en Quito*. Quito: PPL Impresores.

Kingman, Eduardo (2008). “Orden urbano, sociabilidad barroca y trajines callejeros”. En *Escenarios para una patria: paisajismoecuatoriano 1850 – 1930*. Quito: Museo de la Ciudad.

Moscoso, Raúl (2012). “Portadores de «civilización»: la inmigración alemana a Quito”. En *Ciudad-estado, inmigrantes y políticas. Ecuador 1890-1950*. Quito: Instituto de la Ciudad

Tarrés, Sol, Adriana Solé, Neus Javega y Jordi Moreras (2012). *Migrar, morir , ¿retornar? un programa de investigación sobre la muerte en contexto migratorio*.

XX ENCUENTRO de *Cementerios patrimoniales*

Los cementerios como recurso cultural,
turístico y educativo

11 al 16 de noviembre de 2019, Málaga (España)

Organizan:



Vicerectorado
de Investigación



Vicerectorado
de Relaciones Institucionales



UNIVERSIDAD DE MÁLAGA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE HISTORIA DEL ARTE



Facultad de Turismo
UNIVERSIDAD DE MÁLAGA



ANDALUCÍA TECH
Campus de Excelencia Internacional
Área María Zambrano
Estudios Transatlánticos



ATENEO



Comité Español
de Historia
del Arte

Colaboran:



JUNTA DE RECURSOS



COSTA DEL SOL
MÁLAGA



ASSOCIATION OF SIGNIFICANT
CEMETERIES IN EUROPE
ASCE



Ayuntamiento
de Casabermeja



Ayuntamiento
de Casabermeja



PARQUE
CEMENTERIO
DE MÁLAGA



Ayuntamiento
de Málaga



Ayuntamiento
de Málaga



EVENOS en
HISTORIA



Málaga.es diputación



Agro-sin-agro
Ronzano S.C.A.



Málaga e Historia y Arte



OLEARUM



VIVOS



CEMENTERIO INGLÉS
DE MÁLAGA



Cultopia
Gestión Cultural



ASOCIACIÓN DE AMIGOS
CEMENTERIO SAN MIGUEL



i3t



dipobe



Salvador
1905



un
A



25 años



asf
ASOCIACIÓN DE FUNERIAS Y
CEMENTERIOS MUNICIPALES

Información: fjrodriguez@uma.es | <http://redcementeriospatrimoniales.blogspot.com/>